

está el aire! La angustia me aprieta el corazón. Voy á caerme... Desesperado, como un loco, golpeo la puerta.

Abren un ventanillo; sin duda es para inspeccionarme. ¡Ay de mí! ¡cómo me encuentro! Desgarrado por las zarzas, harapiento, embarbado hasta los pelos, con mi larga barba negra, como un bandido de la montaña.

No importa: eran Bascongados; me abrieron.

II.

La abuela.

Qué apagadita está la pobre Cachucha Errandonea; en sus tiempos, sin embargo, fué la más hacendosa, la más ágil y la más robusta de las mujeres; y además, la honradez en persona. Durante muchos años todo el tráfico de *Goiko-Erria* con *Beeko-Erria* se hizo por sus manos. Guiando sus tres mulas de campanillas sonoras, atravesaba la montaña llena de pájaros en el estío y de nieve en el invierno.

El progreso mató aquella excelente pequeña industria que proporcionaba una vida sin privaciones: *Goiko-Erria* y *Beeko-Erria* quedaron unidos por un ferrocarril. Y entónces Cachucha, yá vieja, pero aun lozana, fuese á vivir á la deteriorada *borda* que había heredado de sus padres. Y nada más que por esto se volvió á un lugar desierto, salvaje, desde el cual se descubrían los rails del camino que rodeaba la montaña, turbada incesantemente por el silbato de la locomotora.

Cachucha tenía tres hijos; una robusta aldeana, llamada Madalen, casada con un cantero y dos motilonos, fuertes como los robles y buenos como el pan.

Perdiólos, cuando eran ya hombres maduros, y más tarde Berniato, el yerno, muerto por un desplomamiento. ¡Oh cómo silbaban las locomotoras!

Y ahora te toca á tí, pobre viejecita arrugada, temblona, torcida, emprender el negro viaje. El Médico ha dicho: «es cosa perdida». Sofocaciones y dolores punzantes en la region del corazón le producen crisis terribles que la dejan toda su lucidez. Pero «tirará esta noche»; lo ha afirmado el Médico.

Nunca desgracia vino sola. He aquí que la pequeña Marichu, la última niña de Madalen se ha puesto en trance de morirse tambien; repetidas convulsiones nerviosas han comprometido las fuerzas vitales de la enclenque criatura. —Si consigue conciliar el sueño— ha dicho el Médico—, podremos abrigar un poquito de esperanza. Y la abuela oye esas palabras, en las que luce un ténue rayo de sol.

Como «tirárá esta noche», las *bordaris* vecinas se han retirado. Las doce suenan; diluvia y el viento ladra en los bosques. Madalen duerme en su silla, con un sueño brutal de aldeana rendida por el trabajo; su mano derecha se posa sobre la cuna de Marichu, y sus piés descalzos, derechos sobre sus redondeados talones, presentan á las llamas del hogar, las frías y callosas plantas. La pobre vieja, inmóvil sobre la almohada, yace sumida en un amodorramiento precursor de la muerte. A lo léjos silba la locomotora.

La suprema crisis estalla, bruscamente; el corazon de la abuela se desgarrá; el aire falta á sus pulmones. Entre las arrugas de su cara acorchada que se azulea, dos ojillos extraviados se muestran agitados como los brazos de un muñeco, movidos por un niño travieso. El dolor es lancinante, insoportable, cruel! La abuela va á lanzar su grito de tortura; pero al ver á Marichu dormida, se mete las manos en la boca y espira mordiéndoce los dedos, —silenciosamente.

ARTURO CAMPION.

